

una senda estrecha, se hubiese ensanchado el camino y confrontado la anatomía del hombre con la de los animales. Porque en efecto, ¿qué conocimiento real se puede sacar de un objeto aislado, cuando el fundamento de toda ciencia consiste en la comparacion que el entendimiento humano sabe hacer de los objetos semejantes y diferentes, de sus propiedades análogas ó contrarios, y de todas sus cualidades relativas? Lo absoluto, si es que existe, está fuera del alcance de nuestros conocimientos: nosotros no juzgamos ni podemos juzgar de las cosas, sino por las relaciones que tienen entre sí; y por lo mismo, siempre que en un método solo se atiende al sugeto, y se le considere solo é independiente de todo lo que se le asemeja ó difiere de él, no se puede llegar á ningun conocimiento real, y mucho menos elevarse á ningun principio general: lo único que se adelantará será dar nombres, y hacer descripciones de la cosa y de todas sus partes. Así vemos que al cabo de tres mil años que se están disecando cadáveres humanos, la anatomía no es aun mas que una nomenclatura, y que apenas se han dado algunos pasos hácia su objeto real, que es la ciencia de la economía animal. Además; ¿qué defectos no hay en el mismo método, siendo así que debiera ser claro y sencillo, puesto que depende de la inspeccion, y solo se dirige á denominaciones! Pero habiéndose tomado este conocimiento nominal por la verdadera ciencia, no se ha hecho mas que aumentar ó multiplicar el número de los nombres, en vez de limitar el de las cosas: se ha cargado la mano en menudencias: se ha querido hallar diferencias donde no habia sino semejanzas, creando nuevos nombres: se ha creído proponer cosas nuevas: se han descrito con nimia exactitud las partes mas pequeñas: la descripcion de alguna parte aun mas pequeña, olvidada ó despreciada

por los anatómicos precedentes, se ha llamado descubrimiento; y hasta las mismas denominaciones, tomadas muchas veces de objetos que no tenian ninguna conformidad con las que se pretendia designar, solo han servido de aumentar la confusion. Lo que en el cerebro se llama *testes* y *nates*, ¿qué cosa es sino unas partes del cerebelo, semejantes al todo, y que no merecian nombre particular? Estos mismos nombres, adoptados por acaso, ó puestos por preocupacion, han producido despues nuevas preocupaciones y opiniones aventuradas; y otros nombres dados á partes que no se habian visto ni examinado bien, ó que ni aun existian, han sido nuevos manantiales de errores. ¿Qué de funciones y usos no se han atribuido á la glándula pineal, y al espacio que han supuesto vacío, llamado *bóveda*, en el cerebro, siendo así que el uno no es mas que una glándula, y del otro se duda mucho que exista, pues este espacio vacío quizá le producen la mano del anatómico y el método de la diseccion!

De lo dicho se deduce no ser lo mas difícil en las ciencias el conocer las cosas que constituyen su objeto directo, sino el despojarlas antes de todo, de una infinidad de envolturas con que las han cubierto: quitarlas todos los falsos colores con que las han disfrazado: examinar el fundamento y el producto del método con que son investigadas, separar todo lo que arbitrariamente se haya introducido en ellas; y en fin, procurar reconocer las preocupaciones y los errores que ha producido la mezcla de lo arbitrario con lo real. Todo esto es necesario para volver á hallar la naturaleza, y hecho, no se necesita mas para conocerla, que compararla con ella misma. En la economía animal, nos parece la naturaleza muy misteriosa y oculta, no solo por ser su objeto muy complicado, y porque la menos sencilla de todas sus pro-

ducciones es el cuerpo del hombre, sino principalmente porque no se la ha comparado con ella misma, y porque habiendo desatendido estos medios de comparacion, que son los únicos que podian darnos luces, nos hemos quedado en la oscuridad de la duda, y en la incertidumbre de las hipótesis. Tenemos millares de volúmenes sobre la descripción del cuerpo humano, y apenas hay principiadas algunas memorias sobre las de los animales: en el hombre se han reconocido, nombrado y descrito las partes mas menudas, al paso que se ignora si en los animales se hallan, no solo estas partes pequeñas, sino tambien las mayores, y se atribuyen ciertas funciones á ciertos órganos, sin haberse informado si se verifican estas mismas funciones en otros seres, aunque carezcan de tales órganos; de suerte que en todas las esplicaciones que se han querido dar de las varias partes de la economía animal, se ha incurrido en dos inconvenientes, que son haber empezado por el sugeto mas complicado, y haber discurrido sobre este mismo sugeto, sin el fundamento de la relacion, y sin el socorro de la analogía.

En todo el discurso de esta obra hemos seguido un método muy diferente: comparando siempre la naturaleza consigo misma, la hemos considerado en sus relaciones, en sus contrariedades y en sus extremos; y sin citar aquí mas que las partes relativas á la economía animal, de que hemos tenido ocasion de tratar, como son la generacion, los sentidos, el movimiento, el sentimiento y la naturaleza de los animales, será fácil reconocer que, despues del trabajo, á veces largo, pero siempre necesario, para desechar las falsas ideas, destruir las preocupaciones, y separar lo arbitrario de lo que hay de real en las cosas, el único arte que hemos empleado ha sido la comparacion. Si hemos logrado comunicar alguna luz sobre estos

asuntos, no se debe atribuir tanto al ingenio como al método que hemos seguido constantemente, al cual hemos dado toda la generalidad y estension que nos han permitido nuestros conocimientos. Esto supuesto, como cada dia adquirimos nuevas nociones, por medio del exámen y diseccion de las partes internas de los animales, y ademas, para discurrir bien sobre la economía animal, es necesario haber visto de este modo, á lo menos todos los géneros de animales diferentes, no nos adelantaremos á dar ideas generales, antes de haber presentado los resultados particulares.

Nos contentaremos, pues, con recordar ciertos hechos, que aunque dependientes de la teórica, del sentimiento y del apetito, sobre la cual no queremos por ahora dilatarnos mas, bastarán, sin embargo, por sí solos para probar que el hombre, en el estado de naturaleza, nunca se ha reducido á sustentarse solamente de yerbas, granos ó frutas y que en todos tiempos ha procurado alimentarse de carne, igualmente que la mayor parte de los animales.

La dieta pitagórica, tan decantada por los filósofos antiguos y modernos, y aun recomendada por algunos médicos, nunca ha sido indicada por la naturaleza. En la primera edad, en el siglo de oro, el hombre inocente como la paloma, no comía mas que bellotas, ni conocía mas bebida que el agua: encontrando en todas partes su subsistencia, vivía sin inquietud, independiente, y siempre en paz consigo mismo y con los animales; pero luego que olvidando su nobleza, sacrificó su libertad por unirse con otros hombres, la guerra, la edad de hierro sucedieron á la dorada paz: la crueldad, la afición á la carne y á la sangre, fueron los primeros frutos de una naturaleza depravada, que las costumbres y las artes acabaron de corromper.

Há aquí lo que en todos tiempos han impropereado al hombre en sociedad ciertos filósofos austeros, salvages por temperamento, los cuales, realzando su orgullo particular con la humillacion de toda la especie, hicieron aquella pintura en que no hay mas mérito que el contraste, y quizá el de que á veces conviene presentar al hombre felicidades quiméricas.

¿Por ventura ha existido nunca este estado ideal de inocencia, de suma templanza, de abstinencia total de carnes, de tranquilidad perfecta, de paz profunda? ¿Y no es mas bien un apólogo, una fábula en que se introduce al hombre en lugar de otro animal para darnos lecciones ó egemplos? ¿Se puede ni aun suponer, que hubiese virtudes antes de la sociedad, ni persuadirse que la pérdida de aquel estado salvage merece ser llorada, y que el hombre, animal ferroz, fuese mas digno de aprecio que el hombre ciudadano civilizado? Si, me dirán, porque todas nuestras miserias provienen de la sociedad, y nada importa que en el estado de naturaleza no hubiese virtudes si habia felicidades, y si el hombre en aquel estado era menos infeliz de lo que es ahora. La libertad la salud, la fuerza ¿no son preferibles al regalo, á la sensualidad y aun al deleite, acompañados de la esclavitud? En la pibacion de las penas queda compensado el uso de los placeres, y para ser feliz basta no desear nada.

Si esto es así, digamos tambien que es cosa mas dulce vegetar que vivir: no apetecer nada que satisfacer el apetito: dormir con un sueño apático; que abrir los ojos para ver y sentir: consintamos en tener nuestra alma en profundo letargo, y nuestro entendimiento en tinieblas, y convengamos en no servirnos nunca de este ni de aquella, en hacernos inferiores á los brutos, y en no ser finalmente mas que unas masas de materia tosca asidas á la tierra.

Pero en vez de disputar examinemos, y despues de haber alegado razones, propongamos hechos. Tenemos á la vista, no el estado ideal, sino el estado real de la naturaleza. ¿El salvage que habita en los desiertos vive tranquilo? ¿Es hombre feliz? pues no debemos suponer con cierto filósofo, uno de los mas implacables censores de nuestra humanidad, que hay mayor distancia del hombre en el estado de pura naturaleza al salvage, que del salvage a nosotros, y que pasaron mas siglos para llegar á la invencion del arte de hablar, que han pasado para perfeccionar los signos y las lenguas, porque entiendo que cuando se quiere discurrir sobre hechos, se deben desechar las suposiciones, é imponerse la ley de no acudir á ellas hasta haber apurado todo lo que la naturaleza nos presenta. Vemos, pues, que se va descendiendo por grados imperceptibles desde las naciones mas instruidas y cultas á los pueblos menos industriosos: de estos á otros mas rudos, pero todavía sujetos á reyes y leyes; y de estos hombres rudos á los salvages, los cuales no todos son parecidos, encontrándose entre ellos tantas diferencias como entre los pueblos civilizados; que unos forman naciones bastante numerosas sujetas á gefes: que otros, cuya sociedad es menos numerosa, solo se gobiernan por ciertos usos: y que, en fin, los mas solitarios é independientes no dejan de formar familias, y de estar sujetos á sus padres. Un monarca, un gefe, una familia, un padre, hé aquí los estremos de la sociedad: estos estremos son tambien los limites de la naturaleza; si estos tuviesen mas estension, sin duda recorriendo todas las soledades del globo, se hubieran encontrado animales humanos privados de habla, sordos á la voz y á los signos, dispersos los varones y las hembras, abandonados los hijos, etc. Me atrevo á decir que, á menos de pretender que la constitucion

del cuerpo humano fuese enteramente distinta de lo que es al presente, y que su incremento fuese mucho mas pronto, no es posible sostener que el hombre haya existido jamás sin formar familias, pues los hijos perecerian sino fuesen socorridos y cuidados por espacio de algunos años, en vez de que los animales recién nacidos no tienen necesidad de su madre, sino por algunos meses. Así, pues, sola esta necesidad física basta para demostrar que la especie humana no ha podido durar y multiplicarse sino con el auxilio de la sociedad, y que la union de los padres y madres con los hijos es natural, puesto que es necesaria. En efecto esta union no puede menos de producir un apoyo mutuo y durable entre los padres y el hijo; y esto solo basta también para que se acostumbren entre sí á ciertos gestos, signos y sonidos, en una palabra á todas las expresiones del sentimiento y de la necesidad; lo cual tambien consta por los hechos, pues los salvages mas solitarios tienen, como los demás hombres, el uso de los signos y de la palabra.

En efecto, el estado de pura naturaleza es un estado conocido, es el del salvage que vive en los desiertos, pero que vive en familia: que conoce á sus hijos, que es conocido de ellos que usa de la palabra y se da á entender. La muchacha y el hombre salvages, encontrada aquella en los bosques de Champaña, y este en las selvas de Hanover, no prueban lo contrario: ambos habian vivido en una soledad absoluta, y por consiguiente, no podian tener idea alguna de sociedad, ni uso ninguno de los signos ó de la palabra, pero solo con que se hubiesen encontrado, la inclinacion natural los hubiera arrastrado: el placer los habria reunido; aficionadas uno á otro, en breve se hubieran dado á entender: desde luego hubieran hablado entre sí el idioma del amor, y despues el de la

ternura entre sí mismos y con sus hijos. Además, estos dos salvages nacieron de hombres en sociedad, y sin duda habrian sido abandonados en los bosques, no en su primera edad, porque hubieran perecido, sino de cinco ó seis años, en una palabra, de una edad en que tenían ya bastante fuerza corporal para procurarse la subsistencia, pero todavia una razon demasiado débil para conservar las ideas que se les hubiesen comunicado.

Examinemos, pues, este hombre en el estado de pura naturaleza, esto es, este salvage en familia: por poco que esta prospere, él será en breve cabeza de una sociedad mas numerosa, cuyos miembros tendrán unos mismos modales, seguirán unos mismos usos, y hablarán un mismo idioma: á la tercera, ó á mas tardar á la cuarta generacion, habrá nuevas familias que podrán vivir separadas, pero que siempre reunidas por los vínculos comunes de los usos y del idioma, formarán una pequeña nacion, la cual, aumentándose con el tiempo, podrá, segun las circunstancias, llegar á ser un pueblo numeroso, ó permanecer en un estado semejante al de las naciones salvages que conocemos. Esto dependerá principalmente de la inmediacion ó distancia en que estos nuevos hombres se hallaren de los hombres civilizados. Si pueden, bajo un clima benigno y en terreno abundante, ocupar en libertad un espacio considerable, fuera del cual no encuentran mas que soledades ó hombres tan nuevos como ellos, permanecerán salvages y se harán, segun las circunstancias, amigos ó enemigos de sus vecinos; pero si bajo un cielo áspero y en terreno ingrato se hallan oprimidos entre sí por el número, y estrechos por el corto espacio, enviarán colonias ó harán irrupciones, se esparcirán y se confundirán con los otros pueblos, de quienes se habrán hecho conquistadores ó esclavos. Así el hom-

bre en todos los estados, en todas las situaciones, y en todos los climas, aspira igualmente á la sociedad, siendo este efecto constante de una causa necesaria, pues depende de la esencia misma de la especie, esto es, de su propagacion.

Hé aquí, por lo tocante á la sociedad, la cual, como se vé, está fundada en la naturaleza. Examinando del mismo modo cuales son los apetitos, cual el gusto de nuestros salvages, hallaremos que ninguno de ellos se alimenta únicamente de frutas, yerbas ó granos: que todos prefieren la carne y el pescado á los demas alimentos: que el agua pura les desagradada; y que buscan los medios de hacer por sí mismos, y de procurarse de otras partes una bebida menos insípida. Los salvages del Mediodia beben el zumo de las palmas: los del Norte apenas se sacian del aceite fastidioso de ballena: otros hacen bebidas fermentadas; y todos generalmente tienen escesiva aficion á los licóres fuertes. Su industria dictada por sus urgencias de primera necesidad, y escitada por sus apetitos naturales, se reduce á hacer instrumentos para la caza y la pesca. Un arco y flechas, una maza ó clava, varias redes y una canoa componen lo mas sublime de sus artes, las cuales no tienen mas objeto que los medios de procurarse una subsistencia conveniente á su gusto: debiendo tenerse presente que lo que conviene á su gusto, conviene á la naturaleza, porque, como ya hemos dicho, el hombre no podria nutrirse con sola yerba, y pereceria de necesidad si no tomase alimentos de mas sustancia, pues no teniendo mas que un estómago y cortos intestinos, no puede, como el buey que tiene cuatro estómagos é intestinos muy largos, tomar de una vez un gran volúmen de este alimento de poca sustancia, como absolutamente era necesario para compensar la calidad con la cantidad. Lo mismo con cor-

ta diferencia se verifica en las frutas y en los granos, los cuales no bastarian para su nutrimento; porque era tambien preciso un gran volúmen para que produjese la cantidad de moléculas orgánicas necesarias para la nutricion; y aunque el pan que se compone de lo mas puro del trigo, y el trigo mismo, como todas nuestras legumbres y granos perfeccionados por el arte, sean mas sustanciosos y nutritivos que los granos, que solo tienen sus cualidades naturales, con todo, el hombre reducido á no alimentarse mas que de pan y legumbres, apenas podria pasar sino con mucha debilidad y desfallecimiento una vida lánguida y miserable.

Consideremos aquellos devotos solitarios, que se abstienen de todo lo que ha tenido vida: que por motivos santos renuncian los dones terrenos del Criador, se privan de hablar, huyen de la sociedad, se encierran dentro de unos muros sagrados, contra los cuales se quebrantan los impetus de la naturaleza; reducidos á estos asilos, ó por mejor decir sepulcros de vivos, donde no se respira sino la muerte, el rostro macerado, amortiguados los ojos, y desmayadas sus miradas, su vida parece no se sostiene sino á costa de esfuerzos: toman alimento sin que cese la necesidad, y aunque su fervor los sostiene (porque la disposicion de la cabeza trasciende á todo el cuerpo, aun sin recurrir á causa superior), no suelen resistir á esta abstinencia mas que por pocos años: pudiendo decirse de ellos no tanto que viven, como que mueran cada dia con muerte anticipada, y que no fallecen cesando de vivir, sino acabando de morir.

Así, pues, la abstinencia de toda carne lejos de ser conveniente á la naturaleza, no puede menos de destruirla. Si el hombre se viese reducido á ella, no podria subsistir ni multiplicarse á lo menos en estos climas. Tal vez esta dieta seria posible en los países

meridionales, donde las frutas son mas sazonadas, las plantas mas sustanciosas, las raices mas jugosas y los granos mas nutridos. Sin embargo, los brachmanes son mas bien una secta que un pueblo; y su religion, aunque muy antigua, casi no se ha extendido fuera de sus escuelas, y nunca fuera de su pais.

Esta secta, fundada en la metafisica, es un ejemplo admirable de la suerte de las opiniones humanas. Si examinamos las reliquias que nos han quedado, no se puede dudar que las ciencias fueron cultivadas en los tiempos mas remotos, y perfeccionadas quizá mas de lo que están al presente. Antes de nuestros tiempos se supo que todos los seres animados contienen moléculas indestructibles, siempre vivientes, y que pasaban de unos cuerpos á otros. Esta verdad adoptada por los filósofos, y despues por gran número de hombres, solo conservó su pureza durante el tiempo de las luces, pues habiendo sucedido una revolución de tinieblas, no se hizo caso de las moléculas orgánicas vivientes, sino para imaginar que lo que habia de viviente en el animal, era probablemente un todo indestructible, que se separaba del cuerpo despues de la muerte. A este todo ideal se dió el nombre de *alma*, la cual en breve fué considerada como un ser que realmente existia en todos los animales; y juntando á este ser fantástico la idea real, pero desfigurada, de la transmigracion de las moléculas vivientes, se afirmó que despues de la muerte, esta alma pasaba sucesiva y perpétuamente de cuerpo en cuerpo. No fué esceptuado el hombre: juntóse bien pronto la moral con la metafisica, y no se dudó que este ser sobreviviente conservaba en su transmigracion sus sentimientos, sus afectos y deseos. Estremeciéronse de esto los ánimos débiles, y en efecto, ¡qué horror no debia experimentar esta alma cuando al salir de un domicilio agradable, se viese preci-

sada á habitar el cuerpo infecto de un animal inmundo! Concibiéronse otros terrores, y cada terror produjo su supersticion: temióse que matando un animal, podria tal vez alguno degollar á su padre ó á su amada; todas las bestias fueron respetadas mirándolas como prógimos; en fin se estableció que, por caridad y por obligacion, convenia abstenerse de todo lo que hubiese tenido vida. Hé aquí el origen y progreso de esta secta, la mas antigua del continente de las Indias: origen que manifiesta bastantemente que la verdad, en manos de la multitud, en breve es desfigurada: que una opinion filosófica no se hace popular, sino despues de haber mudado de forma; pero que, en virtud de esta preparacion, puede convertirse en una secta tanto mas fundada, cuanto mas general fuere la preocupacion, y tanto mas respetada, cuanto teniendo por fundamento verdades mal entendidas, será necesariamente rodeada de oscuridades, y por consiguiente parecerá misteriosa, incomprensible y augusta: que despues, mezclándose el temor con el respeto, esta secta degenerará en supersticiones y en prácticas ridículas, las cuales, sin embargo, echarán profundas raices, producirán usos que al principio serán practicados escrupulosamente; y que alterándose poco á poco, variarán tanto con el tiempo que la misma opinion de que han traido su origen, solo se conservará por medio de falsas tradiciones y de proverbios, y rematarán en cuantos absurdos y pueriles. De donde se debe deducir, que toda secta fundada en opiniones humanas es falsa y variable, y que solo pertenece á Dios, habernos dado la verdadera religion, que no dependiendo de nuestras opiniones, es inalterable y constante, y será siempre la misma.

Peró volvamos á nuestro asunto. La abstinencia total de carnes no puede menos de debilitar la naturaleza. El hombre, para mantenerse sano y robusto,

necesita no solo usar de este alimento sólido, sino tambien variarle. Si quiere adquirir un vigor completo, es necesario que escoja la que mas le convenga, y como no puede mantenerse en un estado activo, sino procurándose sensaciones nuevas, conviene que de á sus sentidos la conveniente estension, que use de variedad de manjares, igualmente que de los demas objetos inocentes, y que procure precaver el hastío que causa la uniformidad del alimento; pero evitando, siempre y en todo, los excesos, que son aun mas dañosos que la abstinencia.

Los animales, que no tienen mas que un estómago é intestinos cortos, están precisados, como el hombre á alimentarse de carne. Esta analogia y esta verdad se comprobarán comparando, por medio de las descripciones, el volúmen relativo del canal intestinal en los animales carniceros, y en los que solamente se alimentan de yerbas, pues siempre se hallará que esta diferencia en su modo de vivir depende de su organizacion, y que todos toman un alimento mas ó menos sólido, relativamente á la capacidad mayor ó menor del almacén que ha de recibirle.

Mas no se debe inferir de aquí, que los animales que solamente se alimentan de yerbas, estén reducidos por necesidad fisica á esta sola comida, así como los animales carniceros están precisados por esta misma necesidad á mantenerse de carne: solamente decimos, que los que tienen muchos estómagos ó intestinos muy anchos, pueden pasar sin este alimento sustancioso y necesario á los otros; pero no pretendemos que no pueden usar de él, y que si la naturaleza les hubiera dado armas, no solamente para defenderse, sino tambien para acometer y hacer presa, no habrían hecho uso de ellas, y no se hubieran acostumbrado bien pronto á la carne y sangre; pues vemos que los carneros, los toros, las cabras y los caballos comen

ansiosamente leche y huevos, que son alimentos animales, y que sin necesidad de habituarse, no rehusan la carne picada y sazónada con sal. Pudiera decir, pues, que la afición á la carne, y demás alimentos sólidos es el apetito general de todos los animales, el cual se escita con mas ó menos vehemencia ó moderacion, segun la organizacion particular de cada animal; pues considerando la naturaleza en su totalidad, este mismo apetito se halla, no solamente en el hombre y en los animales cuadrúpedos, sino tambien en las aves, en los peces, en los insectos y en los gusanos, para los cuales, en particular, parece está destinada ulteriormente toda carne.

La nutricion en todos los animales se hace por las moléculas orgánicas, que, separadas de las heces del alimento por medio de la digestion, se mezclan con la sangre, y se asimilan á todas las partes del cuerpo. Pero independientemente de este gran efecto, que parece es el principal objeto de la naturaleza, y proporcional á la cualidad de los alimentos, estos producen otro, que solo depende de su cantidad, esto es, de su masa y volúmen. El estómago y los intestinos son unas membranas flexibles que forman dentro del cuerpo una capacidad muy considerable: estas membranas, para mantenerse en su estado de tension, y para contrapesar las fuerzas de las otras partes vecinas, necesitan siempre estar llenas en parte: si, por falta de alimento, esta gran capacidad se halla enteramente vacía, no estando las membranas sostenidas en su interior, se aplastan, se aproximan y se pegan unas con otras; y esto es lo que produce el descaecimiento y la debilidad, que son los primeros síntomas de la necesidad estrema. Los alimentos, pues, antes de servir á la nutricion del cuerpo, le sirven de lastre; y su volúmen es necesario para mantener el equilibrio entre las par-

tes internas, todas las cuales tienen su acción y reacción unas con otras. Cuando alguno muere de hambre, no es tanto por falta de nutrimento, como por no estar lastrado; y por esto los animales, principalmente los más voraces, cuando les urge la necesidad, ó cuando solamente los mueve el desfallecimiento que ocasiona el vacío interno, no cuidan más que de llenarle; y tragan tierra y piedras. Esto se comprueba con haber yo mismo hallado greda en el estómago de un lobo, y visto comerla á los cerdos, y con la experiencia que tenemos de que la mayor parte de las aves tragan piedrecillas, etc., lo cual no ejecutan por gusto, sino por necesidad, y porque lo más urgente no es el refrescar la sangre con un quilo nuevo, sino el mantener el equilibrio de las fuerzas en las partes grandes de la máquina animal.

### EL LOBO.

El lobo es uno de aquellos animales que tienen mas vehemente afición á la carne; y aunque con este apetito ha recibido de la naturaleza los medios de satisfacerle, habiéndole dado ésta armas, sagacidad, agilidad, fuerza, en una palabra, todo lo necesario para hallar, acometer, vencer, asir y devorar su presa, sin embargo, muere regularmente de hambre, porque, habiéndole el hombre declarado guerra, y aun proscrito poniendo talla á su cabeza, le precisa á huir y á permanecer en los bosques, donde no encuentra sino algunos animales silvestres, que se le escapan por la velocidad de su carrera, y á los cuales no puede sorprender sino por casualidad

y con paciencia, esperándolos mucho tiempo, y las mas veces en vano, en los parages por donde han de pasar. Es naturalmente rudo y perezoso, pero la necesidad le hace sagaz y atrevido; aquejado del hambre arrostra los peligros, acomete á los animales que están bajo la custodia del hombre, principalmente á los que puede llevarse con facilidad, como corderos, perrillos y cabritos; y cuando sale bien de esta ratería, repite con frecuencia los asaltos, hasta que habiendo sido herido, ahuyentado y maltratado por los hombres y perros, se mantiene oculto en el bosque por el día, sin salir de él hasta la noche, durante la cual recorre los campos, gira al rededor de las poblaciones, roba los animales abandonados, acomete á los apriscos, escaba la tierra debajo de las puertas, se abre paso, entra furioso y todo lo destroza antes de escoger y arrebatar la presa. Cuando no logra nada con estas invasiones, se vuelve á los bosques, se dedica á cazar, busca, sigue el rastro, y ahuyenta y persigue á los animales silvestres, con la esperanza de que otro lobo podrá detenerlos y apresarlos en su fuga, y después partirá con él los despojos. En fin, cuando la necesidad es extrema, se espone á todo, acomete á las mugeres y muchachos, y aun á veces se tira á los hombres, y se pone furioso con estos excesos, los cuales terminan ordinariamente en la rabia y la muerte.

El lobo así en lo exterior como en lo interior, se semeja tanto al perro, que parece haber sido modelados ambos por una misma forma: sin embargo, no presenta, cuando más, sino el reverso de la medalla, ni ofrece los mismos caracteres, sino bajo un aspecto enteramente opuesto. Si la forma de estos dos animales es semejante, lo que de ella resulta es harto contrario, y tan diferentes sus indoles, que no solo son incompatibles, sino antipáticos por na-